

LA CUEVA - PALACIO

1º-4º

Jonás, el pastor yacía envuelto en sus mantas sobre la paja y dormía. El verano había terminado hacía mucho tiempo, los prados habían sido pastados. Ya en otoño, cuando las tormentas rugían sobre los campos de rastrojos, él había reunido a sus ovejas y había buscado su refugio con ellas en "el palacio". Era ésta una cueva o gruta estrecha detrás de la posada donde guardaba su vaca, y en invierno se les permitía instalarse a todos juntos allí: Jonás, la vaca y las ovejas. No había mucho espacio, pero ni siquiera al pastor le molestaba estar acostado cerca de sus queridas ovejas. La vaca era bondadosa, tal vez soñaba con la llegada de la primavera, de cuando podría tener todo el espacio de la cueva para sí misma, pero de momento disfrutaba del calor que le proporcionaban sus compañeras de cuarto lanudas. De vez en cuando el viento helado del invierno soplaba duramente a través de las anchas grietas del cobertizo de madera, pero inmediatamente perdía su fría fuerza en este pobre lugar que albergaba a hombres y a animales por igual.

De pronto, el pastorcillo, que se había un poco adormecido, se frotó los ojos y miró a su alrededor con asombro, examinando cada pequeño detalle del lugar, el cual conocía tan bien como si se le hubiera vuelto completamente extraño en sueños: las paredes de roca irregulares que contorneaban la gruta por tres lados y formaban el techo, y que estaban negras por el incendio que una vez se había propagado aquí. Las tablas de madera sin cepillar con las que la puerta colgaba tambaleante de sus goznes, y que tenía grietas tan anchas que, aunque no había ventanas, se podía observar todo lo que sucedía en el patio.

Palpó la paja que apenas cubría la tierra desnuda y golpeó con ella el pesebre que recogía el heno para la vaca y las ovejas.

-Sí, sí - refunfuñó al fin-

-*"Es sólo un establo, sólo nuestro establo"*.

Pero después siempre sacudía la cabeza con incredulidad. Y se decía

¿Dónde, si no, iba a despertar?

Pensativo, el pastorcillo puso su mano sobre la cabeza de una oveja y comenzó a contar una historia ... (*¿No es verdad que algunas personas piensan que es estúpido hablar con animales, porque no entienden ni una palabra de las que se les dice?*) Pero Jonás sabía que eso no era así. Sus ovejas le entendían bien, por supuesto.

Con lentitud, todas giraron la cabeza hacia él y escucharon el sonido de la voz profunda y cálida que les dio una gran sensación de seguridad.

-*"Sólo piensen"*, dijo Jonás, *"que yo estaba en un castillo, en un palacio de oro. En él había una habitación tan maravillosa como nunca antes había visto: las paredes eran del oro más*

puro, el techo como el cielo estrellado, la alfombra como un jardín florido con rosas y lirios. Además, allí se tocaba la música más placentera por músicos virtuosísimos que no podían ser superados. En el centro de la habitación había una cama con un dosel con suaves almohadas de plumas. Y piensen, ... allí, en este lecho de plumas, dormí tan suave y cómodamente como sujetado por alas angelicales. Y repentinamente se oyeron fuertes gritos”:

-“¡Viene el rey! ¡Denle espacio!”

“Un sirviente vino corriendo y me rogó y me dijo, que preparara el palacio para el rey”.

-“¿No es así, Jonás?” -me dijo-, “¿que lo haces por el rey?, ¿verdad?”

-“Entonces me enderecé, pero cuando me puse en pie, desperté. Y en ese momento el castillo desapareció y yo estoy de vuelta con ustedes en este establo”.

Las ovejas miraron fijamente al pastorcillo con sus ojos oscuros y tranquilos. *¿Habían entendido algo? ¿Podían imaginar la hermosa habitación del palacio dorado?*

Una vez más, Jonás se frotó los ojos. Pero aquel sueño no se le iba de la cabeza. Se quedó allí pensando, hasta creyendo que había sido un ángel de Dios el que le había hecho soñar todo eso con buena razón. Afuera, el viento silbaba su melodía helada. Jonás estiró más la manta sobre sus hombros ¡No!, ¡esta gruta no era un castillo, pero aquí se estaba muy calentito entre las ovejas con abrigo grueso.

-Tenemos suerte” - dijo Jonás-, “suerte de poder estar aquí juntos. El invierno es el pastor más duro. ¡Es mejor evitarlo!”

Luego miró con curiosidad a través de las grietas de la puerta de madera porque desde el patio se oían voces: la voz del posadero, un poco retumbante, pero no antipática, y la voz cansada de un anciano. Jonás no podía verlos, porque el sol ya se había puesto y el mundo ya estaba gris y borroso. Pero de repente vio una luz, se acercó más a la rendija y entonces el posadero llamó a la puerta torcida gritando con voz insistente:

-“Jonás, oye Jonás, ... ¿Estás despierto?”

-“Sí, sí, sí” - respondió el pastor. Y el dueño abrió la puerta. El viento frío que entró con él hizo sobresaltarse a Jonás.

-“Oh, Jonás, buen amigo” -dijo ahora el posadero-,

-“No para de llegar gente nueva pidiendo posada, pues no la pueden encontrar ya que todas las casas están llenas”.

-“Está tan cansada y tan débil que no puedo echarla así sin más”.

-“Jonás, por favor, sólo por esta noche, lleva a tus ovejas de vuelta al campo. Tienen un pelaje cálido y no se congelarán. ¡Ofrece un poco del “palacio” a la buena gente!”

El pastor ya no notaba ni siquiera el aire frío del invierno. Había escuchado con asombro al posadero. El sueño que había tenido hacía unos momentos volvía a brillar ante él.

-“¿Palacio?!”, exclamó y preguntó compasivamente al final:

-“ ¿Es el rey el que busca refugio?

Asombrado, el posadero miró al pastorcillo, sacudió la cabeza con incredulidad y exclamó:

-¡Qué cosas tan raras dices a veces, Jonás!

-“¿El rey en mi establo?

-“No, no, son personas muy pobres, un anciano y una joven que lleva un hijo bajo su corazón”.

-“¿Lo harás, Jonás, ... por esta gente tan pobre?

Entonces, el pastorcillo se vio a sí mismo como el sirviente que había visto en el sueño. No obstante, a pesar de no saber lo que iba a hacer, se limitó a decir:

-“Lo haré”.

Luego se volvió hacia sus ovejas y exclamó:

-“Vengan, queridas, tenemos que salir. Nuestro “palacio” es ahora para la gente pobre”.

Sin prisa, pero aun así de buena gana, las ovejas siguieron su llamado. Jonás agarró el largo cayado de pastor y caminó delante de su rebaño. Pasó de cerca de los pobres extraños al pasar junto a ellos y los miró. Pero no, el posadero tenía razón: no era un rey el que pedía cobijo. Sólo era un anciano con barba alborotada por el viento, con las mejillas hundidas y rojas de frío. Y allí, sobre un burrito flaco, había sentada una mujer joven con una capa azul con capucha; sus ojos parecían cansados y tristes por su rostro pálido. No, eran simplemente personas pobres que necesitaban un refugio urgente.

-“Levántense, queridas, vengan conmigo al campo” - gritó Jonás a las ovejas rezagadas, y caminó con más firmeza por la nieve. El frío no debería hacerle daño.

Fuera de las puertas de la ciudad ardían fogatas: una, dos, tres, ... y allí estaban sentados otros pastores que, para hacer sitio a las innumerables personas viajeras, habían tenido que limpiar establos mejores que el de Jonás.

Se calentaban con el fuego, con buen humor y muchos panes rellenos y deliciosos que unos y otros habían traído consigo. Jonás fue recibido calurosamente, ... y con bellas canciones y amenas conversaciones, pronto olvidó su sueño, al establo y a la pobre gente.

Se estaba haciendo tarde cuando los hombres se acostaron acurrucados cerca de sus ovejas. Pronto los envolvió un sueño profundo, por lo que no se dieron cuenta en absoluto de la calma infinita y pacífica que de repente llenó todo el mundo. Sólo las ovejas levantaban la cabeza y miraban incesante e inquebrantablemente hacia el cielo donde las estrellas brillaban con el más radiante resplandor.

¿Qué estaban mirando las ovejas?

En un principio no había nada más que esa maravillosa calma estrellada. Pero, de repente, los cielos parecieron ser rasgados, y una luz dorada fluyó hacia el mundo. Luz con la que toda oscuridad tenía que ceder. Al mismo tiempo, sin embargo, el aire se llenó de las melodías más hermosas.

Mientras tanto, los pastores, que despertaron y entrecerraron los ojos soñadores por el resplandor, oyeron la noticia del nacimiento del Divino Niño en la Tierra y el himno de alabanza de los coros angelicales resonó poderosamente en sus corazones:

"Gloria a Dios en las alturas, y en la Tierra paz a los Hombres de buena voluntad".

De pronto se levantaron de un salto, no sintiendo frío ni cansancio. Querían ver al Niño a quien iban dirigidos todos estos vítores e himnos.

La música celestial los llevó a la ciudad y luego los condujo a un establo.

¿Creen que Jonás reconoció el establo: la cueva con las paredes negras y la puerta de madera llena de rajaduras?

¡Oh, no!, todo se veía diferente, porque, por el nacimiento del divino Niño, ese lugar se había transformado: las paredes de la habitación ya no eran negras, sino doradas y brillantes. El techo se arqueaba como una bóveda estrellada. El suelo era una alfombra de rosas y lirios. Y allí, en el medio, estaba sentada una Reina con un vestido tachonado de estrellas junto a una cuna de oro. En la cuna yacía un Niño sobre cojines de oro, tan delicioso y hermoso a la vista, que a los pastores les dolía el corazón por la inmensa alegría.

Se arrodillaron ante el pesebre durante mucho, mucho tiempo. Al principio estuvieron en silencio, luego oraron, luego cantaron sus melodías de pastores, y lo que llevaban consigo se lo ofrecieron al niño celestial como regalo.

Cuando aquellas personas finalmente se levantaron y se despidieron, Jonás no pudo evitarlo: simplemente tuvo que tomar suavemente la manita del niño en su gran puño y besarla. Y entonces oyó que el niño le decía con toda claridad:

"Gracias, querido Jonás, por hacerme un sitio".

Confundido, el muchachito levantó la vista.

¿Había oído verdaderamente esas palabras o las había soñado?

No supo qué decir. Y no es para menos. Si los cielos descendieran a la Tierra y se nos permitiera verlo con nuestros ojos, no sabríamos si estaríamos despiertos o soñando.

Al final, sin embargo, Jonás tuvo una vaga idea de dónde se alzaba “el palacio” que había visto primero en un sueño y luego con sus propios ojos en aquella noche santa ... porque cuando, al cabo de unos días, el posadero le dijo que la cueva había vuelto a estar libre, él se dirigió con sus ovejas hacia ella, y pensó que las paredes probablemente volverían a estar tan negras y la puerta de madera tan tosca como siempre.

En el pesebre, sí, en el pesebre, ... ¿se encontraría la almohada de oro?

Confundido, el pastor se frotó los ojos. ¿Una almohada dorada?

¡Oh, no!, ¡no había almohada!, pero el heno brillaba dorado; tan dorado como si el mismo Niño del Cielo hubiera estado acostado en él.

Jonás nunca habló de ello y nadie más vio “el oro”; sólo él y tal vez las ovejas, pero todas ellas guardaron el secreto tan a recaudo como su pastor.

A veces, sin embargo, cuando Jonás estaba echado en la paja, envuelto en sus mantas y dormía, volvía a ver al Niño y le oía decir:

-“Gracias, querido Jonás, por hacerme un sitio”.

Ángel:

Popular español
Arr.: Vicente García S.

1. "Pas - tor - ci - llos de Ju - de - a, u - na nue - va os quie - ro
2. "A - cos - ta - do en un pe - se - bre ha - lla - réis al Re - den - dar, os quie - ro dar: "El Me - sí - as lle - ga pron - to, en Por - tal Él na - ce - tor, al Re - den - tor, muy en - vuel - to en pa - ña - les, son - ri - en - do por ser rá, el Me - sí - as lle - ga pron - to, en Por - tal Él na - ce - rá". Dios. muy en - vuel - to en pa - ña - les, son - ri - en - do por ser Dios".

<https://ideaswaldorf.com/pastorcillos-de-judea/>

Aportación de IdeasWaldorf

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/navidad/>